

Era preciso que no fueran sólo españoles los que le acusasen.

Podría parecer aquella codicia de raza.

Aguado había dicho á Fonseca que en su carabela había regresado á España un marino italiano, el cual podría también corroborar las acusaciones de los españoles, y en este caso el testimonio de un extranjero, de un compatriota del almirante, debía pesar mucho en el ánimo de los reyes.

Había desembarcado en Sevilla, y envió el obispo Fonseca una comunicación á Soria para que le buscara.

Cuantos pasos dió con este objeto fueron inútiles.

Lo único que pudo averiguar es que Américo se había embarcado inmediatamente para Italia; y como él era florentino, enviaron un emisario á Florencia para que le buscara.

Tiempo es de que nosotros le sigamos también, para asistir al desenlace del drama á que su criminal pasión le había conducido.

## Capítulo V.

### La venganza de un marido.

Isabel de Monteagudo había revelado la verdad á Américo Vespucio á bordo de la carabela que les conducía á América.

Don Alfonso había condenado á vivir á Esperanza, y aquel castigo era para ella mucho más cruel que si hubiera clavado un puñal en su pecho; porque sentir bullir en sus entrañas el fruto de su amor criminal era un tormento que no puede describirse, que hace erizar los cabellos sólo al pensar en él.

La pobre esposa creyó que no podría sobrevivir á su desventura, y se resignó á sufrir la suerte que le deparase la Providencia.

Su marido renunció al alto empleo que desempeñaba en la factoría del duque de Médicis, y se dirigió



á Florencia con su esposa, dispuesto á entregársela á sus padres, para aumentar de aquel modo el castigo que le preparaba.

No volvió á desplegar los lábios el ofendido esposo hasta que le anunció su proyecto, hasta que desembarcaron en Italia y se dirigieron á Florencia.

Allí permanecieron en una hospedería, y don Alfonso le habló de esta manera:

—Voy á anunciar á vuestros padres mi resolución de que volvais á su lado.

La infeliz le oyó sin contestar una palabra.

Don Alfonso se dirigió á la aldea en donde en otro tiempo había visto por la primera vez á su esposa radiante de alegría, con todos los encantos de la juventud y la belleza.

Cuando llegó el anciano, halló la familia de su esposa reducida á su padre.

Hacia muy pocos días que había bajado al sepulcro su pobre madre, y el viudo, agobiado bajo el peso de los años y del dolor, había ocultado aquella desventura á su hija para no turbar la felicidad de que la suponía rodeada.

La llegada de don Alfonso le sorprendió.

Al verle se inundaron sus ojos de lágrimas.

—¿Vos aquí?—exclamó.—¿Habeis sabido nuestra desgracia?

—No; pero vengo á comunicaros la mía.

—¿La vuestra! Pues qué, ¿acaso mi hija?... ¡Oh! ¡No faltaba más que eso después de haber perdido á su madre!

—¿Ha muerto vuestra esposa?

—Hace muy pocos días iba á comunicaros esta triste nueva, y no me atrevía por no turbar vuestra felicidad.

—¡Las desgracias no vienen solas!

—¡Ah! ¡Me dais miedo! ¿Vive mi hija?

—Vive; pero más le valiera haber muerto.

—¿Qué decís?

—Perdonad, pobre anciano, si aumento vuestra desventura con una confesión dolorosa.

—¡Hablad, hablad por Dios!—dijo el pobre padre.

—Ya recordareis que, prendado de las virtudes de vuestra hija, le di el nombre de esposa, le ofrecí cuanto tenía, me desvelé por labrar su ventura.

—Es cierto.

—Pues bien; ella ha pagado tantos sacrificios con la más negra ingratitud.

—No es posible.

—Ha olvidado sus deberes, ha delinquido, y trae en sus entrañas el fruto de su crimen.

—¡Qué horror! ¡Qué horror!—exclamó el pobre anciano, deshaciéndose en lágrimas.

Hubo un momento de pausa.

El anciano, reponiéndose un tanto:

—¿Y no habeis clavado un puñal en su pecho?—exclamó.

—No.

—¿Hija desventurada!

—El pobre ser que lleva en sus entrañas no tiene la culpa de que lo haya engendrado un crimen. Es



necesario que viva; y creedme, ese será su mayor castigo. Pero como comprendéis, yo no puedo ni debo vivir á su lado, y he resuelto traerla á vuestra casa.

—¿Y yo he de verla? ¡Oh, no!

—Es necesario que la recibais, que viva á vuestro lado, que sufra al hallarse en vuestra presencia la expiación de su delito. Quiero además que cuando nazca el desventurado ser que tiene en sus entrañas, le alimente con su propio seno. Despues, cuando no la necesite para nada, la separaré de su lado y consumaré mis planes.

El anciano no contestó.

Su corazón latía con tal violencia, que parecía próximo á saltarse de su pecho.

Don Alfonso se alejó.

Volvió á Florencia, y aquella misma noche, para que no se apercibieran en la aldea de la llegada de su hija, alquiló una silla de mano para Esperanza, y escoltándola á caballo, se encaminaron á ella.

El padre no quiso ver á su hija.

Esperanza volvió á la habitacion en donde habia pasado su niñez.

Al entrar allí vertió abundoso llanto.

Don Alfonso permaneció á su lado mucho tiempo sin despegar los labios.

Cuando vió que los sollozos de su esposa no eran tan continuos, le habló.

—Aquí vais á quedaros bajo la vigilancia de vuestro padre,—dijo.—Yo tambien os vigilaré: Ahora

cumplid los deberes de la naturaleza, y despues yo cumpliré los míos.

Y dirigiéndole una mirada aterradora, se alejó.

Al despedirse del anciano:

—Vos me respondeis de vuestra hija,—le dijo.

Y partió.

Padre é hija deseaban y temian hallarse frente á frente.

En el primer momento, el anciano Andrés, que este era su nombre, habria castigado con mayor severidad á la esposa culpable que el marido ofendido.

Poco á poco fué el amor paternal ganando terreno en su corazón, y á la indignacion sucedió la piedad.

Trascurrieron dos dias, y Andrés se presentó en la habitacion de su hija.

—¡Desventurada!—dijo.—¿Qué has hecho? ¿Cómo has tenido valor de cometer tan negra ingratitud, de deshonar las canas de tu anciano padre?

—¡Perdon, padre mio, perdon—dijo la jóven, cayendo de rodillas á sus piés.

—No lo mereces; y sin embargo, todavía tengo piedad en mi alma para tí.

—¿Y mi madre? ¿Cómo no viene mi madre á consolarme?

—Dios ha hecho bien en llevársela del mundo.

—¿Ha muerto?

—Sí.

—¡Ah! ¡Dios mio, Dios mio!

—No la llores. Alégrate, porque si hubiera sabi-



do tu desdicha habria muerto, y tú hubieras sido su asesino.

—¡Madre mia!—exclamó Esperanza, deshaciéndose en lágrimas.

Padre é hija guardaron silencio.

Al cabo de algun tiempo pidió Andres á Esperanza que le contase lo que habia sucedido.

Esperanza refirió la verdad al autor de sus dias.

—¿Y cómo no has pedido al Señor que te arrebatase la vida antes de faltar á la fidelidad que juraste en el ara al que no sólo fué tu esposo, sino tu protector y nuestro amparo?

—No quiero hallar disculpa á mi pecado. No diría á mi esposo, justamente ofendido, lo que voy á deciros; pero pensad un instante que al hacerme su esposa creísteis ofrecermé una felicidad que no podiais brindarme.

—La gratitud hubiera reemplazado en el corazón de una mujer honrada al amor.

—Es verdad; y yo sentia un inmenso agradecimiento hácia el hombre que, colmándome de bondades, me sacaba de la pobreza para elevarme hasta su altura. Yo sentia un vivo afecto hácia el que con generosa mano brindaba á mis pobres padres los medios necesarios para pasar una vejez desahogada; creia que este sentimiento bastaria á labrar mi felicidad; pero ¡ay! en vano pueden eludirse las leyes de la naturaleza. Pensad que alguna parte de mi culpa se debe al sacrificio que me impuso el deber filial.

El pobre Andrés lloró con su hija, y aun hizo más, porque era padre.

Le ofreció los consuelos de su cariño.

Esperanza solo deseaba la muerte; pero á un mismo tiempo comprendia que debia sacrificarse al fruto de su amor.

Trascurrió el tiempo, largo y tristísimo para aquella infeliz; se acercó la época en que debia dar á luz á aquel sér condenado de antemano á sufrir, y Andrés fué á ver á don Alfonso para pedirle que llevase á Florencia á su hija, á fin de que no pudieran enterarse en el pueblo de su deshonra.

—Al contrario,—exclamó don Alfonso;—es necesario que todo el mundo sepa allí que es madre; pero su mayor castigo no es la vergüenza de que se sepa que ha sido adúltera, sino que todo el mundo crea que ese hijo es legítimo, y se vea agobiada por las felicitaciones de los que vean en ella una mujer honrada.

Era mucha crueldad; pero Andrés no podia oponer resistencia á los deseos de don Alfonso.

Anunció que habia llegado su hija para dar allí á luz el fruto de su amor, y Esperanza tuvo que ocultar, á las personas que acudieron á visitarla, el acerbo dolor que encerraba en su pecho.

El momento supremo se acercaba.

En tanto Américo, de regreso de su viaje, llegaba á Florencia é indagaba con el mayor interés el paradero de Esperanza y de don Alfonso.

Informado de que la jóven vivia con su padre, y



de que su marido habitaba en una casa de campo de Florencia, procuró saber cuál era la situación de Esperanza.

Aún llegaba á tiempo.

Aún no había visto la luz del día el fruto de su amor.

## Capítulo VI.

### Expiación.

Tanto había sufrido el pobre Américo Vespuccio, que era difícil reconocer en él al apuesto caballero, al donoso galán que había encendido la llama del amor en el corazón de Esperanza.

Por una parte su pena, por otra los trabajos que había pasado y las enfermedades que había sufrido en la colonia, le habían desfigurado de tal modo, que solo era su sombra, una sombra tristísima, casi un cadáver.

Eran escasos sus recursos, iba á necesitar emplear algunos florines en sobornar á las personas que rodeasen á Esperanza, para verla, para saber al menos su situación, y en tan apurado trance tomó una resolución extrema.